No te abroches el abrigo todavía

Que él se marche no tiene por qué poner fin a su historia



Laura Bellini

No te abroches el abrigo todavía

Que él se marche no tiene por qué poner fin a su historia

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904442

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - La imagen que no figuraba en el catálogo 10
Capítulo 2 - Las condiciones de la colaboración..... 20
Capítulo 3 - Entre la luz y la sombra..... 33
Capítulo 4 - Fuera de plano..... 44
Capítulo 5 - El derecho a disponer de mi propio tiempo..... 59
Capítulo 6 - Un momento que no se podía planificar..... 69
Capítulo 7 - Lo que queda después del beso..... 80
Capítulo 8 - En su mundo 90
Capítulo 9 - El riesgo de compartir una misma imagen.....102
Capítulo 10 - No solo por un momento..... 119
Capítulo 11 - Las cosas que no decimos en voz alta 132
Capítulo 12 - Un plazo que no se puede aplazar 142
Capítulo 13 - El precio de las propias decisiones 153
Capítulo 14 - Lo que tememos perder 166
Capítulo 15 - Una decisión tomada por los dos 181
Capítulo 16 - La distancia empieza antes de la partida 191
Capítulo 17 - Cuando cada uno debe elegirse a sí mismo 202
Capítulo 18 - Un lugar al que regresar.....212
Capítulo 19 - Todo lo que merece la pena conservar..... 225
Capítulo 20 - No te abroches el abrigo todavía..... 235

INTRO

En el archivo cinematográfico, el silencio nunca era absoluto. Incluso después de cerrar la sala de lectura y apagar las luces de la sala de proyección, algo seguía funcionando detrás de las paredes: la ventilación, un reloj antiguo, las tuberías de la calefacción y, de vez en cuando, el chasquido metálico de algún aparato que se enfriaba. Me gustaban aquellas horas. No tenía que responder preguntas sobre signaturas, no escuchaba las llamadas telefónicas de secretaría y podía pasar varias horas fingiendo que todo aquel lugar me pertenecía.

Aquella noche tenía algo más importante que hacer que ordenar otro lote de fichas de catálogo. En la pantalla del ordenador me esperaba una solicitud de financiación para un ciclo de proyecciones que llevaba tres meses preparando. Quería reunir cortometrajes mudos de las colecciones de Łódź, no siguiendo las fechas ni los nombres de los directores, sino alrededor de los lugares que estaban desapareciendo de la ciudad: patios interiores, fábricas, pequeñas estaciones de tren y salas de baile. Cada sesión tendría su propia historia, y por primera vez quería responsabilizarme del programa completo, no limitarme a redactar descripciones, preparar sobres y ejecutar decisiones ajenas. En el apartado de «coordinación» había escrito mi nombre. Lo contemplé durante más tiempo del que habría sido razonable.

El plazo terminaba al día siguiente, a las nueve de la mañana. Me quedaban unas cuantas frases de justificación y un presupuesto que seguía sin cuadrar. Ya tenía abierto el formulario de envío cuando escuché desde la zona de

almacenamiento el sonido de algo metálico al desplazarse. Me quedé inmóvil, con los dedos suspendidos sobre el teclado. A aquellas horas no debería haber nadie allí.

Cogí una linterna y bajé al almacén situado junto a la antigua sala de proyección. Sobre una mesa había un baúl que no recordaba haber visto antes. Era estrecho, estaba revestido de madera oscura, tenía las esquinas reforzadas con latón y una etiqueta pegada con tanto cuidado que parecía destinada a sobrevivir otros cincuenta años. En ella figuraba el número de un fondo documental que no reconocía y una anotación que indicaba que se trataba de material sin título. El baúl debía de haber llegado aquel mismo día, pero nadie me había dejado ningún aviso.

Pasé un dedo por la capa de polvo. Debajo apareció una línea fina, como la marca de una uña. Conocía aquel tipo de embalaje. Dentro podía haber una cinta, documentación o bobinas vacías, pero la manera en que estaba protegido sugería que alguien había considerado su contenido lo bastante valioso como para prestarle una atención especial. Abrí el registro de ingresos en la tableta del trabajo. La entrada era escueta: «material cinematográfico, donación privada, pendiente de verificación». Sin nombre del donante. Sin descripción. Sin informe sobre el estado de conservación.

—No debería abrirlo usted sola.

La voz llegó desde detrás de mi espalda. Me giré bruscamente y el haz de la linterna atravesó la oscuridad hasta detenerse sobre un hombre que estaba en la puerta. Llevaba un abrigo oscuro, abierto a pesar del frío, y sostenía un maletín de cuero con herramientas. No tenía el aspecto de alguien que se hubiera perdido. Más bien parecía un

hombre que llevaba tiempo sabiendo adónde se dirigía y que no acostumbraba a dar explicaciones sobre su presencia.

—Y usted no debería entrar en el almacén sin avisar -respondí.

Durante unos instantes nos miramos en silencio. No sonrió, pero algo en su expresión podría haber sido diversión. Tenía los ojos tranquilos y las manos de alguien acostumbrado a trabajar con precisión. Me fijé en unas pequeñas manchas de grasa junto al puño de su camisa antes de recordar que aquella noche no tenía intención de conocer a nadie.

—Roch Kania. Conservación de equipos y cintas -se presentó mientras dejaba el maletín en un espacio libre de la mesa-. He recibido un mensaje sobre el baúl.

—Yo no.

—No es la primera vez que la información llega aquí en el orden equivocado.

Lo dijo sin malicia. Como si estuviera describiendo una avería que podía repararse siempre que alguien dejara de fingir que no existía. No me gustó descubrir que, de inmediato, me habían entrado ganas de responderle con algo igual de certero.

—Soy Ina Brzoza. Me encargo del registro y la catalogación de los materiales. Mientras no exista un informe, el baúl permanecerá cerrado.

—Estoy de acuerdo. Pero antes de que alguien lo abra, hay que comprobar las condiciones de almacenamiento y el estado del embalaje. Si dentro hay nitrocelulosa, las prisas no serán precisamente una buena idea.

No alzó la voz ni intentó quitarme la decisión de las manos. Aun así, su comentario sonó como una corrección añadida a mi plan sin haberme pedido permiso. Miré el baúl y después la pantalla de la tableta. El registro ni siquiera contenía información sobre el tipo de soporte. Tenía razón, y no pensaba ponérselo fácil.

—En ese caso, prepare sus recomendaciones. Mañana por la mañana.

—Mañana por la mañana podría ser demasiado tarde si el baúl ha estado antes en condiciones inadecuadas.

—Y si empezamos a actuar sin documentación, tendremos un problema mucho mayor que el baúl.

Esta vez sonrió de verdad, brevemente, como si apreciara que no hubiera cedido solo porque él había adoptado un tono profesional. Dejó los guantes junto al maletín y examinó la etiqueta sin tocarla.

—No estoy proponiendo que lo abramos. Propongo que lo examinemos juntos y anotemos todo lo que podamos averiguar sin alterar los precintos.

La palabra «juntos» sonó sorprendentemente natural. Como si trabajar en equipo fuera la solución más evidente, aunque apenas unos minutos antes ni siquiera sabía que aquel hombre existía. Pensé en la solicitud que seguía esperando en la pantalla, en la casilla vacía del presupuesto y en que al día siguiente tendría que presentar mi propio programa a la dirección. No quería que otro proyecto ajeno volviera a absorber el tiempo que estaba intentando recuperar para mí.

—Todavía tengo algo que terminar esta noche -dije.

—Ya lo veo.

Seguí la dirección de su mirada. En la tableta continuaba iluminado el formulario y, a su lado, estaba la copia impresa de mi calendario de trabajo. No intentó leer los detalles. Le bastó una mirada para comprender que no había llegado a un almacén vacío, sino que había interrumpido la noche de alguien que ya tenía sus propios planes.

—No pretendo retenerla -dijo-. Pero este baúl no puede esperar a que encontremos un momento mejor.

No había presión en sus palabras. Precisamente por eso me resultaba más difícil ignorarlo. Podía limitarse a hacer su trabajo, dejarme las recomendaciones y marcharse. En lugar de eso, esperaba, dejándome espacio para decidir. Me di cuenta de que no me miraba por encima del hombro, aunque tenía más conocimientos que yo sobre el asunto que acababa de interponerse entre nosotros. Era algo poco habitual. E irritantemente atractivo.

Apagué la pantalla de la tableta, pero no la guardé en el bolso. La solicitud todavía podía esperar unos minutos. No toda la noche, ni hasta el día siguiente, solo unos minutos. Era todo lo que podía conceder sin renunciar a mi propio plan.

—Examinaremos el baúl -decidí-. Sin abrirlo y sin experimentos por nuestra cuenta. Lo registraremos todo.

—De acuerdo.

Extendió la mano, pero no para imponerme un apretón. Se limitó a señalar la linterna, cuya luz empezaba a debilitarse.

—¿Tiene pilas de repuesto?

—En el cajón que hay junto a la entrada.

—Bien. Tengo la costumbre de trabajar con una luz que no se apaga a mitad de una frase.

—Y yo tengo la costumbre de no confiar en las personas que corrigen mis planes desde el primer encuentro.

—Muy sensato -respondió-. Entonces no confíe en mí. Compruebe si tengo razón.

Fui a buscar las pilas, con la sensación de que la noche que había organizado tan cuidadosamente acababa de cambiar de forma. Todavía no sabía qué había dentro del baúl ni por qué alguien había entregado al archivo una película sin título ni nombre. Solo sabía que Roch Kania no tenía intención de fingir que todo podía hacerse a mi manera, y que yo tampoco pensaba cederle el control. Cuando regresé, estaba junto a la mesa, esperándome sin tocar nada.

Mi solicitud seguía abierta. Mi plan todavía me pertenecía. Y, sin embargo, por primera vez en mucho tiempo pensé que quizá no todos los cambios de rumbo tenían por qué significar perder el control. ¿Sería capaz de dejarlo entrar en aquel instante imprevisto sin concederle también el derecho a decidir el camino?

Capítulo 1 - La imagen que no figuraba en el catálogo

A la mañana siguiente llegué al archivo veinte minutos antes de que comenzara mi jornada laboral. No porque de repente me hubiera aficionado a madrugar, sino porque quería revisar la documentación del baúl antes de que apareciera Roch. La noche anterior habíamos conseguido elaborar una descripción preliminar del embalaje, medir sus dimensiones y comprobar las marcas visibles. No lo habíamos abierto. De acuerdo con lo establecido, dejamos intactos los precintos y yo incorporé al registro una observación sobre la necesidad de realizar una evaluación conjunta del estado de conservación del material.

Mientras tomaba el café de la mañana, volví a leer toda la información disponible. Donación privada. Material cinematográfico. Sin título. Sin nombre del donante en el formulario básico. En el apartado relativo a la historia del objeto, alguien había escrito únicamente: «Encontrado durante la limpieza de unas dependencias auxiliares». Era claramente insuficiente para considerar completa la documentación, pero bastaba para poner en marcha el procedimiento de verificación.

A las ocho y media apareció sobre mi escritorio una carpeta con los documentos de entrega. La había traído Marta, la directora del archivo, que desde hacía años sabía reconocer mi descontento por la manera en que dejaba el bolígrafo sobre la mesa.

—Veo que nuestro nuevo envío ya ha conseguido irritarte.

—Todavía no. Le estoy dando una oportunidad.

—Muy razonable. Dicen que podría ser algo interesante.

Abrí la carpeta y examiné las primeras páginas. La donación se había acordado con un particular cuyo nombre conocía la administración, pero en la documentación disponible para los empleados no figuraban sus datos de contacto completos. Tampoco había una descripción detallada del contenido. En cambio, encontré un anexo relativo al posible uso del material en las actividades del archivo. Mencionaba la posibilidad de organizar una proyección pública una vez finalizada la evaluación técnica e histórica.

—¿Sabes quién es el donante? -pregunté.

—Sé que el director se encargó de los trámites. Por lo visto, la familia estaba ordenando el piso de un familiar fallecido.

—¿Y a nadie se le ocurrió preguntar de dónde procedía la película?

—Creo que precisamente por eso nos han enviado esta carpeta.

No me entusiasmaba la explicación, pero no podía negarle la razón. En el archivo a menudo empezábamos nuestro trabajo con información incompleta. Nuestra tarea consistía en averiguar qué había realmente en las colecciones, no en ofendernos porque otras personas desconocieran todas las respuestas.

A las nueve, Roch entró en el taller con un vaso de café y una bolsa de herramientas. Esta vez no llevaba el abrigo abierto. Se lo quitó junto a la puerta y lo colgó en el perchero, como si desde el principio hubiera sabido que iba a quedarse bastante tiempo.

—Buenos días -dijo.

—Buenos días. He preparado la documentación.

—Y yo he traído el equipo para evaluar el embalaje. Parece que los dos estamos bien organizados.

—No te acostumbres. Puede que sea un caso excepcional.

Me miró con una sonrisa que ni siquiera intentó disimular. Después dejó la bolsa sobre la mesa y sacó varios instrumentos de medición. No hacía nada precipitadamente. Colocaba las herramientas siguiendo un orden establecido, comprobando su estado, mientras yo lo observaba durante unos instantes antes de volver a los documentos.

Había algo en su manera de trabajar que despertaba mi confianza, aunque todavía no estaba dispuesta a reconocerlo. No intentaba impresionarme con sus conocimientos. No me bombardeaba con términos técnicos. Simplemente sabía lo que tenía que hacer y no fingía saber más de lo que permitían determinar los datos disponibles.

—Antes de empezar -dije-, tenemos que acordar cómo vamos a documentar el trabajo.

—La escucho.

—Cada intervención sobre el material quedará registrada. No tomaremos decisiones sobre limpieza, reparación o proyección sin una evaluación conjunta. No alteraremos el orden de los elementos si encontramos varios. Y no realizaremos pruebas sobre el original sin una justificación clara.

—De acuerdo.

—¿Así de fácil?

—¿Preferiría que discutiéramos?

—Preferiría que no tuviéramos que discutir más adelante.

—Entonces tenemos un interés común.

Firmamos el acta de inicio de los trabajos. Después trasladamos el baúl al puesto de trabajo que habíamos preparado. La sala estaba fresca, disponía de iluminación adecuada y contaba con equipos que permitían controlar las condiciones durante la intervención. Durante varios minutos examinamos la superficie del embalaje, las esquinas y las uniones. Roch señalaba los distintos puntos y yo anotaba los resultados.

—Aquí hay una marca de una apertura anterior -observó, señalando una de las tiras metálicas.

—No veo ningún precinto alterado.

—Ahora no. Pero alguien podría haber retirado esta pieza anteriormente.

Me acerqué para observarla con más atención. Efectivamente, uno de los tornillos tenía un pequeño arañazo. No parecía accidental.

—Lo añadiremos a la descripción -decidí-. Sin sacar conclusiones que no podamos demostrar.

—Precisamente esa era la respuesta que esperaba.

—No sé si debería sentirme halagada.

—Debería sentirse más tranquila. Eso resulta mucho más útil.

Una vez terminada la evaluación preliminar, pudimos proceder a abrir el baúl. Documentamos cada fase por separado. Los cierres fueron cediendo lentamente mientras yo comprobaba que no aparecieran señales de deterioro. En el interior encontramos dos latas metálicas, envueltas en papel y separadas por una capa de material blando. Junto a ellas había un pequeño sobre.

No llevaba ningún nombre. Solo una inscripción manuscrita: «Para la película».

—Qué curioso -dije.

Roch no extendió la mano hacia el sobre.

—Primero las latas. Veamos qué tenemos.

Siguiendo el procedimiento, examinamos las inscripciones y el estado de los recipientes. Una de las latas estaba vacía. En la otra había un rollo de película cuyas marcas no permitían determinar con certeza ni la fecha ni el tipo de material. No parecía una copia moderna. La inscripción de la etiqueta estaba parcialmente borrada, aunque todavía podían distinguirse algunas letras y cifras.

—¿Veintiocho? -pregunté.

—Es posible. Pero yo todavía no lo registraría como fecha de producción.

—No pensaba hacerlo.

—Bien. Empieza a gustarme esta colaboración.

—Cuidado. Todavía no hemos decidido si durará más allá del mediodía.

Cuando preparamos el puesto para continuar con la evaluación, Roch comprobó el estado de las perforaciones y de los bordes de la película. No la tocaba directamente, trabajaba con guantes y utilizaba las herramientas adecuadas. Yo leía las inscripciones y las comparaba con los catálogos disponibles. Después de un rato descubrimos que no podíamos asignar el material a ninguno de los fondos documentales descritos.

—No aparece en nuestras bases de datos -dije.

—Eso, en realidad, no es ninguna sorpresa.

—Gracias por el consuelo.

—No intentaba consolarla. Quería decir que la ausencia de un registro no significa que la película sea desconocida.

Lo miré con más atención.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que se conservara fuera de una institución. Quizá alguien hizo una copia que nunca llegó a catalogarse. También es posible que las marcas correspondan a un propietario anterior y no al lugar donde se produjo.

—O puede que sea un material imposible de identificar.

—También es posible.

No intentaba imponer una interpretación. Me gustaba más de lo que debería.

Durante los minutos siguientes conseguimos establecer que la cinta contenía material mudo y que su duración permitiría preparar una proyección breve, aunque la decisión definitiva requería examinar el rollo completo. Antes de continuar, volvimos al sobre. Dentro había una sola hoja con una frase corta: «No separar de la imagen».

La leí dos veces.

—Esto no es una descripción técnica -observé.

—Pero podría ser una pista sobre su procedencia.

—O una petición personal de alguien.

—En ese caso, merece la pena conservarla junto al material.

—Por supuesto.

Introduje la hoja en una funda de protección adecuada y creé una entrada independiente en el registro. No sabía por qué alguien había considerado que aquel trozo de papel

debía permanecer junto a la película. Tampoco sabía si tenía importancia histórica o simplemente emocional. No pensaba retirarlo solo porque todavía no fuera capaz de explicar su presencia.

Por la tarde ya teníamos una primera visión de la situación. El material necesitaba más estudios, pero nada indicaba que su estado impidiera continuar trabajando con él. Fue entonces cuando volví al asunto que llevaba ocupando mis pensamientos desde la mañana.

—Me gustaría proponer una proyección -dije.

Roch levantó la vista de sus notas.

—¿Ya?

—No mañana. Ni la semana que viene. Me gustaría preparar una propuesta y presentarla a la dirección. La película encontrada podría formar parte de un programa dedicado a los lugares desaparecidos de Łódź.

—Todavía no conocemos su contenido.

—Por eso hablo de una propuesta, no de una sesión de proyección definitiva.

—¿Y si el material no es apto para proyectarse?

—Entonces cambiaremos la forma de presentarlo. Podemos mostrar fragmentos de la documentación y explicar el proceso de identificación.

—No me gustaría que tratáramos la película como una excusa para organizar un evento antes de saber qué tenemos realmente.

Sentí que la conversación estaba tomando otro rumbo.

—No la estoy tratando como una excusa.

—No digo que usted lo haga. Digo que debemos tener cuidado.

—Sé a qué se dedica un archivo, Roch.

—No lo pongo en duda. Pero si programamos una proyección, alguien empezará a esperar una fecha concreta. Y ni siquiera sabemos si tenemos un material que pueda manipularse con seguridad.

—No pienso anunciar una fecha sin una evaluación técnica.

—Entonces, ¿qué necesitas de mí?

La pregunta fue tranquila, pero no me dejó espacio para responder con generalidades.

Saqué de la carpeta una copia impresa de mi proyecto. Todavía no tenía intención de presentárselo a la dirección, pero consideré que Roch debía saber por qué me importaba tanto que aquella película no terminara convertida en otro objeto anónimo dentro del almacén.

—Estoy trabajando en un programa que pretende contar la historia de Łódź a través de imágenes de lugares que ya no existen. No quiero otra proyección formada por fragmentos aleatorios de antiguos noticiarios. Quiero crear algo que tenga sentido para las personas que viven aquí. Esta película podría encajar, si su contenido confirma nuestra hipótesis inicial.

Examinó las hojas en silencio. No intentó apresurarse ni pasó las páginas por encima. Se detuvo en la descripción de una de las sesiones previstas.

—¿Este es tu proyecto?

—Sí.

—¿Lo has preparado tú sola?

—Desde el principio.

—¿Y piensas presentarlo?

—Mañana.

Me devolvió los papeles.

—Entonces entiendo por qué tienes tanta prisa.

No dijo que mi idea fuera buena. Tampoco me aseguró que todo saldría bien. Simplemente reconoció que tenía un motivo que no pensaba menospreciar.

—Pero sigo pensando que no deberíamos fijar una fecha para la proyección -añadió.

—No te he pedido ninguna fecha.

—Entonces solo te pido una cosa: antes de presentar esta película al público, dejemos que nos cuente primero qué contiene realmente.

Lo miré. No había condescendencia en su voz. Había responsabilidad profesional, una responsabilidad que no terminaba simplemente con cumplir una tarea. Y algo más, algo que me resultaba más difícil de nombrar. Una especie de paciencia que les faltaba a muchas de las personas con las que trabajaba.

—De acuerdo -dije-. Pero yo también tengo una condición.

—La escucho.

—No vamos a posponer la decisión indefinidamente. Estableceremos un calendario de evaluación y después presentaremos a la dirección unas posibilidades concretas.

—Eso suena razonable.

—No te acostumbres.

Esta vez se rio en voz baja.

Cuando terminamos de trabajar, incorporé las siguientes tareas al calendario y señalé los plazos que no pensaba sobrepasar. Roch aceptó la mayoría, pero se detuvo en uno de los puntos con el bolígrafo en la mano.

—Esto no puedo prometerlo.

—¿Por qué?

—Porque no sé si estaré disponible entonces.

—¿Tienes otros encargos?

—Tengo algunos asuntos que necesito poner en orden.

No desarrolló el tema. No tenía motivos para insistir, aunque su respuesta sonó más personal de lo que esperaba.

Cerré la carpeta.

—En ese caso, marcaré esa fecha como pendiente de confirmación.

—Gracias.

—No me des las gracias. Es solo organización del trabajo.

—A veces organizar el trabajo es la parte más difícil de todo el proyecto.

Cuando salió del taller, me quedé un momento junto a la mesa. Miré la lata vacía, la hoja con aquella frase manuscrita y el proyecto que al día siguiente tendría que presentar a la dirección. Tres asuntos diferentes que, de manera inesperada, habían terminado uno al lado del otro.

Todavía no sabía qué historia escondía la película. Sin embargo, ya sabía que Roch Kania no sería un hombre que me diera la razón por mantener la paz. Y quizá precisamente por eso quería que volviera a aparecer en el archivo al día siguiente.

Capítulo 2 - Las condiciones de la colaboración

Al día siguiente, mi proyecto superó su primera prueba. No recibí autorización para llevarlo a cabo, pero Marta consideró que la propuesta merecía ser presentada ante la comisión de programación. Todavía tenía que perfeccionar el presupuesto e indicar qué materiales concretos podrían formar parte del ciclo. La película encontrada era una de las posibilidades, aunque no pensaba basar todo el proyecto en ella.

Después de la reunión con la dirección, regresé al taller con el cuaderno lleno de observaciones. La más importante tenía que ver con el calendario. Si quería presentar el programa a la siguiente fase, debía entregar una lista preliminar de materiales y de las personas responsables de su catalogación. Eso significaba que mi colaboración con Roch tenía que adquirir una forma mucho más concreta.

Lo encontré en la sala técnica. Estaba revisando uno de los antiguos proyectores que utilizaríamos durante las pruebas. Permanecía inclinado sobre el aparato, con las mangas remangadas hasta los codos. En la mesa de al lado había varias herramientas colocadas con tanta precisión que parecía que cada una tuviera asignado su propio lugar.

—¿Tienes un momento? -pregunté.

—Depende. ¿Se trata del proyector o de algo que puede esperar?

—De nuestra colaboración.

Dejó la herramienta a un lado.

—Eso suena más serio que el proyector.

—Porque lo es. Necesito establecer las condiciones en las que vamos a trabajar con la película.

—Pensaba que ya las habíamos establecido.

—Establecimos las normas para manipular el material. No el reparto de responsabilidades, los plazos ni la manera de tomar decisiones.

—Tienes razón.

Señaló una silla junto a la mesa. Me senté y él cerró la carcasa del proyector, apartando las herramientas. No intentó fingir que la conversación era menos importante que el trabajo que acababa de interrumpir. Era un detalle pequeño, pero lo aprecié.

Saqué del cuaderno el documento que había preparado.

—Me gustaría que trabajáramos en tres etapas. Primero, una evaluación completa del estado de la cinta y su documentación. Después, la identificación del contenido, la comparación con los materiales disponibles y la determinación de sus posibles fuentes. Por último, decidiremos cómo presentarlo, si es que resulta posible hacerlo.

—Suena bien.

—Tú te encargarás de la evaluación técnica y yo de la documentación archivística e histórica. Las conclusiones las elaboraremos juntos.

—De acuerdo. Pero tengo una observación más.

—Por supuesto.

—No quiero que partamos de la idea de que este material tiene que terminar necesariamente en una pantalla. Si resulta que lo más seguro es limitarse a presentar la documentación, debemos conservar esa posibilidad.

—No pienso arriesgar el original por conseguir una proyección espectacular.

—Entonces no tenemos ningún problema.

—Tenemos uno. Los plazos.

Deslicé el documento hacia él. Había señalado las fechas de las siguientes revisiones y el plazo previsto para presentar el informe preliminar. Roch lo leyó entero y se detuvo en la última página.

—Aquí pone que la decisión sobre el uso del material corresponde al coordinador del programa.

—Es decir, a mí.

—Exactamente. ¿Y qué ocurrirá si mi evaluación técnica es negativa?

—No utilizaremos la cinta para proyectarla.

—¿Incluso si eso significa tener que modificar todo el programa?

—Incluso entonces.

Durante un instante me observó atentamente, como si quisiera comprobar que no estaba respondiendo únicamente para terminar la conversación. No aparté la mirada.

—Bien -dijo finalmente-. Quería escuchar eso.

—¿Tienes alguna otra objeción?

—No respecto a este documento. Pero tengo mi propia condición.

—Te escucho.

—Quiero tener acceso a toda la documentación del material, no solamente a las fichas de evaluación técnica. Si encontramos algo que pueda modificar la manera en que debemos tratar la cinta, necesito saberlo.

—Eso es evidente.

—No siempre.

No respondí inmediatamente. Sabía a qué se refería. En algunas instituciones, los trabajadores técnicos solo recibían una parte de la información, aquella que se consideraba necesaria para cumplir con su encargo. El archivero decidía sobre todo lo demás y el conservador debía limitarse a hacer su trabajo sin formular preguntas. Nunca me había parecido una forma sensata de trabajar.

—Tendrás acceso a toda la información sobre el material que esté disponible en la documentación. Si aparecen datos cuyo acceso deba restringirse, lo decidiremos por separado. No voy a ocultarte nada solo porque no afecte directamente al estado de la cinta.

—De acuerdo.

Firmó el documento. Yo estampé mi firma junto a la suya. Formalmente, ya éramos el equipo responsable de evaluar la película encontrada.

Durante el resto de la mañana trabajamos en el puesto de inspección. Roch preparó una relación de los parámetros técnicos y yo organicé la documentación de la donación. Descubrí que uno de los anexos contenía información sobre el lugar donde se había guardado el baúl antes de llegar al archivo. Se trataba de una dependencia privada situada en Łódź, aunque no se indicaba la dirección exacta.

—Esto puede ayudarnos -dije.

—¿A establecer las condiciones de almacenamiento?

—Y la historia del objeto. Si conocemos el lugar, podemos intentar averiguar si el material pertenecía a alguna colección local.

—¿Y si no hay ninguna información adicional?

—Entonces seguiremos buscando.

Roch me miró con una ligera expresión de diversión.

—¿Siempre eres tan testaruda?

—Solo cuando alguien hace preguntas innecesarias.

—Eso explica algunas cosas.

—¿Cuáles?

—De momento no te lo diré. No quiero estropear el primer día de nuestra colaboración oficial.

Intenté mantener una expresión seria, pero no lo conseguí del todo.

Al mediodía hicimos una pausa. Normalmente comía en mi escritorio porque el trabajo en el archivo tenía la particularidad de que siempre aparecía algo más urgente que la hora del almuerzo. Esta vez Roch propuso que saliéramos a tomar un café. No lo dijo de una manera que sugiriera que no tenía elección. Simplemente me preguntó si disponía de tiempo.

—Tengo media hora -respondí.

—Será suficiente.

—Depende de lo rápido que bebas el café.

—Más despacio de lo que trabajo.

Salimos del edificio y caminamos hacia una pequeña cafetería que conocía porque pasaba por delante de ella cada día al ir al trabajo. Hacía frío, pero no llovía. La calle seguía mojada por la lluvia de la mañana y los coches dejaban tras de sí estelas grises de agua. Łódź tenía en noviembre una luz muy particular. Incluso al mediodía

parecía que el día llevaba mucho tiempo acercándose a su final.

Roch caminaba a mi lado sin intentar imponerme su ritmo. Al principio hablamos de trabajo. Me preguntó cuánto tiempo llevaba dedicándome al archivo y le contesté que el suficiente para saber que no todo podía organizarse en un catálogo.

—¿Y por qué precisamente las películas? -preguntó.

—Porque en ellas se pueden ver cosas que nadie consideró dignas de ser descritas.

—¿Como cuáles?

—Personas esperando en una parada. Alguien mirando por una ventana. Un niño corriendo por un patio. A veces, lo más importante que aparece en un plano no es en absoluto lo que quien filmaba pretendía mostrar.

—Entonces te interesa lo accidental.

—Me interesa lo que permanece cuando desaparece el contexto original.

—Es una especialización bastante peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque uno puede acabar inventando una historia para cada detalle.

Lo miré.

—¿Y tú no lo haces?

—Procuro no confundir lo que sé con lo que me gustaría saber.

Lo dijo sin el menor rastro de ironía. Había algo sereno en su voz que hizo que durante un instante olvidara la respuesta que tenía preparada. Me di cuenta de que hablaba